

lunes 12 de septiembre de 1983

Plaza pública

► *Década de dictadura chilena*

► *Los signos de la descomposición*

Miguel Angel Granados Chapa

Se cumplieron ayer diez años del cuartelazo en Chile, que depuso al gobierno de la Unidad Popular, asesinó al presidente Salvador Allende y estableció una de las dictaduras militares más sangrientas que se conocen en la historia latinoamericana. Una década más tarde, el gobierno espurio parece dar sus últimas boqueadas. Ha fracasado ruidosamente en su proyecto económico. Y en política su frustración es tal que sus antiguos aliados, los que lo condujeron a romper el orden constitucional, le han vuelto la espalda y en las calles, al protestar, obligan al régimen a mostrarse una vez más como no ha dejado de ser desde 1973, aunque pretendiera disimularlo.

Candidato a la presidencia en 1952, 1958 y 1964, el médico socialista Salvador Allende, autor de la unificación de los partidos de izquierda chilenos, ganó las elecciones el 4 de septiembre de 1970 al frente de la Unidad Popular. Sucedió en el poder a Eduardo Frei, quien lo había derrotado seis años antes y en quien se encarnó la limitación estructural del reformismo democristiano.

Desde su toma de posesión, y aun antes, Allende estuvo en la mira de sus asesinos. Poco antes de que asumiera el cargo en octubre de 1970 fue ultimado el general René Schneider, jefe de las fuerzas armadas, que había comprometido el prestigio del Ejército en el respeto a los resultados electorales. La misma suerte correría, años después, su remplazante a la cabeza de las tropas chilenas, Carlos Pratts, a quien el largo brazo de la criminal dictadura alcanzaría en Buenos Aires. Ambos generales representaron la abstinencia política, comprometida sin embargo con la Constitución, que había hecho creer que Chile estaba a salvo de golpes militares.

Dedicada la mayor parte de su energía política a defenderse de los embates de todo género de sus adversarios, el gobierno de la Unidad Popular pudo instaurar, sin embargo, bases para una economía popular basada en el dominio nacional sobre los recursos básicos y la participación de los trabajadores en los procesos económicos. Como ocurre inevitablemente en una época de ajustes, la política de la Unidad Popular provocó malestares, fundados e infundados, que fueron aprovechados por sus poderosos adversarios, entre los que descolló el gobierno de Estados Unidos.

A partir de octubre de 1972, la guerra contra Allende y su gobierno fue abierta y sin embozo. Luego de que las elecciones legislativas de marzo de 1973 le ratificaron el apoyo popular, la hostilidad se acrecentó. Fueron desplegados todos los recursos del hostigamiento institucional, y también se intensificó el proceso para soliviantar a las fuerzas armadas. Mediante una traición equiparable a la que cometió Huerta contra Madero, que le había confiado el mando de su ejército, la del general Augusto Pinochet Ugarte, un hombre conocido por sus escasas luces pero capacitado para la felonía, finalmente el golpe militar dio la puntilla al gobierno debilitado más que por la querrela interna de sus partidos integrantes, por el amafiamiento de algunos jefes democristianos, y de otros partidos de la derecha con los militares y el gobierno de Washington.

Después de un violento periodo de represión feroz y directa, la dictadura puso en marcha un programa económico que devino en agresiones sostenidas y eficaces contra la economía chilena, que cuenta hoy entre las más golpeadas en América Latina. Por ello, y por la vocación democrática de esa nación, los antiguos adversarios de la tiranía, y quienes la auparon en el poder, marchan hoy codo con codo en las calles chilenas para derrocar al déspota y remover la estructura en que pudo asentarse. Todo se andará.